

Yo sola le sacaré de esta. Esté usted tranquilo, no se mueva de ese modo—dijo tapando las manos del enfermo con el cobertor.—¡Eh! no se apure, el señor Smuke y yo pasaremos las noches á la cabecera de su cama... Estará usted mejor cuidado que un príncipe, y por otra parte, usted es bastante rico para no privarse de nada durante la enfermedad. Acabo de arreglarme con Cibot, porque ¿qué haría sin mí ese pobre hombre? Le he hecho avenirse á razones, y como los dos le queremos á usted tanto, ha consentido en que yo me quede aquí por la noche, y crea usted que para un hombre como él es un verdadero sacrificio, porque me quiere como el primer día que nos casamos. Yo no sé en qué consistirá esto, tal vez en la portería, que nos obliga á estar siempre juntos. No se destape usted de ese modo—dijo tapando á Pons hasta el cuello.—Si no es usted bueno, si no hace todo lo que le ordene el señor Poulain, que ya ve usted que es la imagen de Dios en la tierra, ya no me ocupo de usted... Tiene usted que obedecerme.

—Sí, señora Cibot, le obedeceré—respondió Smuke;—yo se lo gaganizo, pues sé que *quieque vivig paga* su pobre Smuke.

—Sobre todo no se impaciente usted, porque bastante le impacientará la enfermedad—dijo la Cibot.—Mi querido señor, Dios nos envía males para castigar nuestras pequeñas faltas, y usted bien tendrá que reprocharse algunas faltitas.

El enfermo movió la cabeza negativamente.

—¡Oh! ¡oh! bien habrá amado usted en su juventud, acaso tenga algún fruto de sus amores abandonado, sin pan de fuego, ni casa... ¡Monstruos de hombres! la quieren á una un día y después no se acuerdan ya ni de pagar las mensualidades de la nodriza... ¡Pobres mujeres!

—Smuke y mi pobre madre son los únicos que me han querido en la tierra—dijo tristemente Pons.

—Vamos, que no es usted ningún santo. Habrá sido usted joven, y muy guapo por cierto. Bueno como es usted, á los veinte años yo le hubiera querido.

—Siempre he sido feo como un sapo,—dijo Pons desahogado.

—Dice usted eso por modestia.

—No, mi querida señora Cibot, se lo repito, siempre he sido feo y no he amado nunca.

—¿A mí con esas?—dijo la portera.—¿Querrá usted

cerme creer que está usted á su edad como le parió su madre? ¿un músico? ¿un hombre de teatro? ¡Vaya, vaya! Ni aunque me dijese eso una mujer la creería.

—Señora Cibot, va usted á *iguitagle*—dijo Smuke al ver que Pons empezaba á dar muestras de impaciencia.

—Cállese usted también: ustedes son dos viejos libertinos que aunque hayan sido feos... nunca falta un roto para un descosido, como dice el proverbio. Cibot logró el carifio de una de las ostreras más guapas de París y ustedes son mucho mejores que él. Usted es bueno; vaya, que ya habrá tenido usted las suyas. Y Dios le castiga por haber abandonado á sus hijos, como Abraham.

El enfermo, abatido, aun tuvo fuerzas para hacer un signo de negación.

—Pero no tenga usted cuidado, que eso no le impedirá vivir más que Matusalén.

—Pero ¡démeme usted tranquilo!—gritó Pons.—Yo no he sabido nunca lo que es ser amado... no he tenido hijos, estoy sólo en la tierra.

—¿De veras?—preguntó la portera.—Como es usted tan bueno, y yo sé que á las mujeres les gusta la bondad, me parecía imposible que en sus tiempos...

—Llévatela de aquí—dijo Pons á Smuke al oído;—me aburre, me fastidia.

—Entonces será el señor Smuke el que tiene hijos. Ustedes, los solterones, todos son así.

—¡Yo!—exclamó Smuke irguiéndose.—Pero, *mujeg*...

—Vamos, usted también está sin herederos, ¿verdad? Vaya, se encuentran en la tierra como dos hongos.

—Oiga, venga acá—respondió Smuke.

El buen alemán tomó heroicamente á la señora Cibot por el tallo y la llevó al salón sin tener en cuenta sus gritos.

## CAPÍTULO XIII

### Tratado de las ciencias ocultas

—¡Cómo! ¡á mi edad quiere usted abusar de una pobre mujer?—gritaba la Cibot desembarazándose de los brazos de Smuke.—¿Usted, el mejor de los dos? ¡Ah! he hecho



mal en hablar de amor á unos ancianos que no han conocido nunca mujeres. He enardecido su sangre. ¡Monstruo!—gritó al ver que los ojos de Smuke brillaban de cólera.—¡Favor! ¡socorro! ¡que me violan!

—¡Es usted una bestia!—le dijo el alemán.—Vamos á veg, ¿qué ha dicho el doctor?

—¿Me trata usted de este modo, á mí que me dejaría matar por ustedes dos?—dijo la Cibot llorando al verse en libertad.—¡Ah! ¡qué cierto es que los hombres sólo se conocen con el trato, qué cierto! No sería mi pobre Cibot quien me trataría de este modo. Yo, que les considero á ustedes como hijos y que le decía ayer, sí, ayer mismo, á Cibot: «Amigo mío, Dios sabe bien lo que hacía negándonos hijos, porque tengo dos aquí arriba». Esto decía, esto mismo, lo juro por el santo nombre de Dios.

—Bueno, *pego* ¿qué ha dicho el *doctog*?—preguntó con rabia Smuke dando una patada en el suelo por la primera vez en su vida.

—Ha dicho—respondió la señora Cibot llevando á Smuke hacia el comedor;—ha dicho que nuestro querido enfermo correría riesgo de morir si no se le cuidaba bien. Pero ya estoy yo aquí, á pesar de sus brutalidades, porque usted, á quien yo creía cariñoso, es brutal. ¡Vaya un temperamento! A su edad, gran pillo, aun engañaría usted á una mujer.

—¡Pillo yo! pero, *mujeg*, ¿aun no comprende usted que yo no *quiego* á nadie más que á Pons?

—¡Oh, dicha! entonces me dejará tranquila, ¿verdad?—dijo sonriendo á Smuke.—Hará usted bien, porque Cibot sería capaz de romperle un hueso al que atentase á su honor.

—Cúfidele usted bien, mi buena *señoga* Cibot—repuso Smuke intentando coger la mano á la señora Cibot.

—¡Cómo! ¿Todavía?

—Escúcheme, todo lo que yo tengo *segá* suyo si le salvamos.

—Bueno, me voy á casa del boticario á buscar las medicinas... ¡Ah! mire usted, señor, esta enfermedad costará cara, ¿cómo se arreglará usted?

—Trabajagué. *Quiego* que Pons esté cuidado como un príncipe.

—Lo estará, mi buen señor Smuke, no se apure. Cibot y

yo tenemos dos mil francos de economías y están á su disposición.

—¡Qué buena mujer!—exclamó Smuke enjugándose los ojos—¡qué corazón!

—Séquese usted esas lágrimas que me honran y que me bastan como recompensa—dijo melodramáticamente la Cibot.—Yo soy la más desinteresada de las criaturas; pero no entre usted llorando, porque el señor Pons creería estar más enfermo de lo que está.

Smuke, conmovido ante tanta delicadeza, tomó al fin la mano de la Cibot y se la estrechó.

—No ahorre usted nada—dijo la antigua ostrera dirigiendo á Smuke una cariñosa mirada.

—Pons—dijo el buen alemán entrando,—esta *señoga* Cibot es un ángel, *vegdadego* ángel.

—¿Lo crees así? De un mes á esta parte me he vuelto muy desconfiado—respondió el enfermo meneando la cabeza.—Después de todas mis desgracias, ya no creo en nadie más que en Dios y en ti.

—*Cúgate*, y *viviguemos los tres como gueyes*—exclamó Smuke.

—Cibot—exclamó la portera sofocada, entrando en la portería.—¡Ah! amigo mío, nuestra fortuna está hecha. Mis dos señores no tienen herederos, ni hijos naturales, ni nada. ¡Oh! iré á casa de la señora Fontaine á que me eche las cartas para saber qué renta tendremos.

—Pero, mujer, no vayas á contar con los zapatos de un muerto para estar bien calzada—respondió el marido de la Cibot.

—Hombre, ¿ahora vas tú á desanimarme?—dijo la portera dándole un amistoso cachete á su marido.—Yo sé lo que sé. ¡El señor Poulain ha condenado al señor Pons! ¡Y seremos ricos! A mí me dejará heredera, yo me encargo de ello. Tira la aguja y vigila la portería, que no tendremos que hacer mucho tiempo este oficio. Nos retiraremos al campo, á Batiñoles. Una hermosa casa, un bonito jardín que tú te enterdrás en cultivar, y yo tendré una criada.

—¡Hola, vecinal! ¿cómo va por allá arriba?—preguntó Remonencq.—¿Sabe usted lo que vale esa colección?

—No, no, todavía no. No hay que obrar ligeramente, amigo mío. He empezado por averiguar cosas más importantes.



—¡Más importantes!—exclamó Remonencq.—Pero si lo más importante de este asunto...

—Vamos, chiquillo, déjame á mí guiar la barca—dijo la portera con autoridad.

—Nada más que con los intereses, con los setecientos mil francos tendrían ustedes para ser señores toda su vida.

—No tenga usted cuidado, papá Remonencq. Cuando sea preciso saber lo que valen todas las cosas que ha amontonado el buen hombre, ya veremos.

Y la portera, después de haber ido á la botica á buscar las medicinas ordenadas por el doctor Poulain, fué á hacer al día siguiente su consulta á casa de la señora Fontaine, pensando que encontraría las facultades del oráculo más frescas y más limpias yendo muy temprano antes que nadie, pues hay que advertir que en casa de la señora Fontaine había á veces gente haciendo cola.

Después de haber sido durante cuarenta años la antagonista de la célebre señorita Lenormant, á quien sobrevivió, la señora Fontaine era entonces el oráculo del Marais. No es posible imaginarse lo que son las echadoras de cartas para las clases inferiores parisienses, ni la inmensa influencia que ejercen sobre las determinaciones de las personas sin instrucción, pues las cocineras, las porteras, las camareras, los obreros, todos los que en París viven de esperanzas consultan á los seres privilegiados que poseen el extraño é inexplicable poder de leer en el porvenir. La creencia en las ciencias ocultas está más extendida de lo que se imaginan los sabios, los abogados, los notarios, los médicos, los magistrados y los filósofos. El pueblo tiene instintos indelebles. Entre estos instintos, el que se llama tan estúpidamente superstición está tanto en la sangre del pueblo como en el espíritu de las gentes instruidas. Más de un hombre de Estado consulta en París á las echadoras de cartas. Para los incrédulos, la astrología judicial (alianza de palabras excesivamente extrañas) no es más que la explotación de un sentimiento innato, uno de los más fuertes de nuestra naturaleza, la curiosidad. Los incrédulos niegan, pues, por completo las relaciones de la adivinación establecida entre el destino humano y la configuración que se obtiene por los siete ú ocho medios principales que componen la astrología judicial. Pero hay tantas ciencias ocultas como efectos naturales rechazados por las inteligencias privilegiadas ó por los filósofos materialistas,

es decir, los que se atienen únicamente á los hechos visibles, sólidos, á los resultados de las balanzas de la física y de la química modernas; y estas ciencias subsisten, continúan su marcha, aunque sin progresar, pues hace unos dos siglos que la cultura ha sido abandonada por los espíritus privilegiados.

No mirando más que el lado posible de la adivinación, creer que los acontecimientos anteriores de la vida de un hombre y que los secretos conocidos por él únicamente pueden ser representados inmediatamente por la echadora de cartas que las baraja, corta y divide en paquetes sujetándose á leyes misteriosas, es absurdo; pero es el absurdo que condenaba el vapor, que condena aún hoy la navegación aérea, que condenaba los inventos de la pólvora y de la imprenta, el de los lentes, el del grabado y el gran descubrimiento último del daguerrotipo. Si alguien hubiese dicho á Napoleón que un edificio y que un hombre están á todas horas representados por una imagen en la atmósfera, y que todos los objetos existentes tienen un espectro aprehensible y perceptible, lo hubiera metido inmediatamente en un manicomio, como Richelieu metió á Salomón de Caux en Bicêtre, cuando el sabio normando le llevó la inmensa conquista de la navegación á vapor. Y sin embargo, esto es lo que Daguerre probó con su descubrimiento. Ahora bien, si Dios ha impreso para ciertos ojos clarividentes el destino de cada hombre en su fisonomía, teniendo esta palabra como expresión total del cuerpo, ¿por qué la mano no puede sustituir á la fisonomía, toda vez que la mano es la acción humana entera y su único medio de manifestación? De aquí la quiromancia. ¿No imita la sociedad á Dios? Predecir á un hombre los acontecimientos de su vida mirándole la mano, no es un hecho más extraordinario, en el que ha recibido las facultades del vidente, que el hecho de decirle á un soldado que se batirá, á un abogado que hablará, á un zapatero que hará botas ó zapatos y á un labrador que abonará la tierra y la cultivará. Escojamos un ejemplo palpable. El genio es tan visible en el hombre, que paseándose por París las gentes más ignorantes adivinan á un gran artista cuando pasa. Viene á ser éste como una especie de sol moral cuyos rayos lo inundan todo á su paso. ¿No se reconoce á un imbécil en seguida, á causa de impresiones contrarias á las que produce el hombre de genio? Un hombre ordinario pasa casi



desapercibido. La mayor parte de los observadores de la naturaleza social y parisiense pueden decir la profesión de un transeunte, nada más que viéndole. Hoy los misterios de las brujas, tan bien pintados por los pintores del siglo xvi, no son ya misterios. Las egipcias ó los egipcios, padres de los bohemios, aquella nación extraña venida de la India, hacían tomar unánimemente *haschich* á sus clientes. Los fenómenos producidos por esta conserva explican perfectamente la cabalgata sobre las escobas, la huída por las chimeneas, las visiones reales de viejas cambiadas en jóvenes, las danzas furibundas y las deliciosas músicas que componían las fantasías de los pretendidos adoradores del diablo.

Hoy han salido de las ciencias ocultas tantos hechos auténticos, confirmados, que llegará un día en que estas ciencias serán profesadas como se profesa hoy la química y la astronomía. Es asimismo singular el hecho de que en el momento en que se han creado en París cátedras de *eslavos*, de *mantchou* y de literaturas tan poco aceptables como las del Norte, que en lugar de servir de modelo encierran multitud de defectos, no se haya reanudado, con el nombre de antropología, la enseñanza de la filosofía oculta, una de las glorias de la antigua universidad. En esto Alemania, ese país tan grande y tan niño á la vez, ha dejado atrás á Francia, pues allí se profesa esta ciencia, que es mucho más útil que las diferentes filosofías, que son todas la misma cosa.

Que ciertos seres tengan el poder de ver los hechos venideros en el germen de las causas, como el gran inventor ve una industria ó una ciencia en un efecto natural que pasa desapercibido para el vulgo, no es más que una de esas raras excepciones que llaman la atención, es el efecto de una facultad desconocida que sería en cierto modo el sonambulismo del espíritu. Si esta proposición, en la que descansan las diferentes maneras de descifrar el porvenir, parece absurda, el hecho está aquí. Notad que predecir los grandes acontecimientos del porvenir no es para el vidente un esfuerzo más extraordinario que el que supone el adivinar el pasado. El pasado y el porvenir son igualmente imposibles de saber para los incrédulos. Si los acontecimientos realizados han dejado huellas, es verosímil imaginar que los acontecimientos venideros tienen sus raíces. Desde el momento en que un echador de la buenaventura os explica minuciosamente los hechos que vosotros solos conocéis de

vuestra vida anterior, puede también deciros los acontecimientos que producirán las causas existentes. El mundo moral está cortado, por decirlo así, por el mismo patrón que el mundo material, y los mismos efectos deben hallarse en ellos, si bien con las deficiencias propias de sus diversos medios. Así, lo mismo que los cuerpos se proyectan realmente en la atmósfera dejando subsistir en ella ese espectro aprehendido por el daguerrotipo que lo detiene al pasar, así las ideas, creaciones reales y activas, se imprimen en lo que es preciso llamar atmósfera del mundo espiritual, producen en ella efectos y viven en ella *espectralmente* (pues es necesario inventar palabras para expresar fenómenos sin nombre), y por consiguiente ciertas criaturas dotadas de facultades extraordinarias pueden perfectamente percibir esas formas ó esas huellas de ideas.

Los medios empleados para lograr las visiones son lo maravilloso más explicable, desde el momento en que la mano del consultante dispone los objetos con ayuda de los cuales se le hace representar los azares de su vida. En efecto, todo se encadena en el mundo real. Todo movimiento corresponde á una causa, toda causa se relaciona con el conjunto y, por consiguiente, el conjunto se representa con el menor movimiento. Rabelais, el más grande espíritu de la humanidad moderna, aquel hombre que resumió á Pitágoras, á Aristóteles, á Hipócrates y á Dante, ha dicho, hace ahora tres siglos, que el hombre era un microcosmos. Tres siglos después, Swedemborg, el gran profeta sueco, decía que la tierra era un hombre, y de este modo el profeta y el precursor de la incredulidad coincidían en la mayor de las fórmulas. Todo es fatal en la vida humana como en la vida de nuestro planeta, los menores accidentes, los más fútiles, están subordinados á él. Resulta, pues, que las grandes cosas, los grandes designios, los grandes pensamientos, se reflejan en él necesariamente en las acciones más pequeñas y con tanta fidelidad, que si algún conspirador baraja y corta un juego de naipes, dejará impreso en él el secreto de su conspiración para el vidente llamado gitano, echador de la buenaventura, charlatán, etc. Desde el momento en que se admite la fatalidad, es decir, el encadenamiento de las causas, la astrología judicial existe y se convierte en lo que era antaño, en una ciencia inmensa, pues comprende la facultad de deducción que inmortalizó á Cuvier, pero facultad espon-



tánea, en lugar de ser ejercida en noches estudiantas, como le ocurría á aquel gran genio.

La astrología judicial, la adivinación, ha reinado durante siete siglos, no como hoy entre las gentes del pueblo, sino entre las grandes inteligencias, entre los soberanos, entre las reinas y entre las gentes ricas. Una de las mejores ciencias de la antigüedad, el magnetismo animal, ha salido de las ciencias ocultas como salió la química de los hornillos de los alquimistas. La cranología, la fisiognomía, la neurología, salieron también de ellas, y los ilustres creadores de estas ciencias nuevas en apariencia no tienen más que una culpa, que es la de todos los inventores, y que consiste en sistematizar hechos aislados cuya causa generadora se escapa aún al análisis. Un día la iglesia católica y la filosofía moderna se hallaron de acuerdo con la justicia para proscribir, perseguir y ridiculizar los misterios de la cábala así como sus adeptos, formándose una lamentable laguna de cien años en el reino y en el estudio de las ciencias ocultas. De todos modos, lo cierto es que el pueblo y muchas gentes de talento, sobre todo entre mujeres, continúan pagando sus contribuciones al misterioso poder de los que tienen facultades para levantar el velo del porvenir, yendo á comprarles esperanza, valor, fuerza, es decir, lo que sólo la religión puede dar. De modo que esta ciencia sigue practicándose, aunque no sin riesgos. Hoy los brujos, libres de todo suplicio gracias á la tolerancia debida á los enciclopedistas del siglo XVIII, sólo pueden ser castigados por los tribunales ordinarios, en el caso únicamente de que se entreguen á maniobras fraudulentas, asustando á sus parroquianos con objeto de sacarles dinero, lo cual constituye una estafa. Desgraciadamente, la estafa y á veces el crimen acompañan al ejercicio de esta sublime facultad. He aquí por qué.

Los admirables dones de que está dotado el vidente son poseídos ordinariamente por las gentes á quienes corresponde el epíteto de brutos. Estos brutos son los vasos elegidos por Dios para contener los elixires que sorprenden á la humanidad. De estos brutos salen los profetas, los san Pedro, los ermitaños. Siempre que el pensamiento permanece en su totalidad y no se agota en conversaciones, en intrigas, en obras literarias, en sabias concepciones, en esfuerzos administrativos, en invenciones, en trabajos guerreros, es apto para despedir destellos de prodigiosa intensidad, pero ocul-

tos, como oculta el diamante en bruto el brillo de sus facetas. Pero viene una circunstancia, y aquella inteligencia se enciende, tiene alas para franquear las distancias y ojos divinos para verlo todo. Ayer era un carbón, y al día siguiente, bajo la influencia del fluido desconocido que la atraviesa, es un diamante que brilla. Las gentes de talento, gastados por todas las fases de su inteligencia, no pueden nunca tener este poder supremo, á menos de esos milagros que Dios se permite á veces. Así, los adivinos y las adivinas son casi siempre mendigos ó pordioseros dotados de espíritus vírgenes, seres groseros en apariencia, guijarros abandonados en los torrentes de la miseria, donde sólo se han gastado físicamente. El profeta, el vidente, es siempre un Martín el Labrador, que hizo temblar á Luis XVIII diciéndole un secreto que solo él podía saber, es una señorita Lenormant, una cocinera como la señora Fontaine, una negra casi idiota, un pastor que vive entre cornudas bestias, un faquín sentado á la puerta de una pagoda, que mortificando la carne logra para su espíritu todo el poder desconocido de las facultades sonambulescas. En Asia únicamente es donde han existido siempre los siervos de las ciencias ocultas. Frecuentemente, esas gentes que en el estado ordinario siguen siendo lo que son, pues desempeñan en cierto modo las funciones físicas y químicas de los cuerpos conductores de electricidad, tan pronto metales inertes, como canales llenos de misteriosos fluidos, esas gentes, convertidos en lo que son, se entregan á prácticas y á cálculos que los llevan á la cárcel ó al presidio. En fin, lo que prueba el inmenso poder que ejerce la cartomancia sobre la gente del pueblo, es que la vida ó la muerte del pobre músico dependía del horóscopo que la señora Fontaine iba á hacer á la Cibot.

Aunque ciertas repeticiones sean inevitables en una historia tan considerable y tan cargada de detalles como lo es la historia completa de la sociedad francesa del siglo XIX, creemos inútil describir el turgio de la señora Fontaine, descrito ya en los *Comediantes sin saberlo*. Únicamente creemos necesario advertir que la señora Cibot entró en casa de la señora Fontaine, que vive en la calle Vieille-du-Temple, como entran los parroquianos del Café Inglés á almorzar en este restaurant. La señora Cibot, parroquiana muy antigua, llevaba allí frecuentemente á jóvenes y comadres llenas de curiosidad.



La anciana criada, que servía á la echadora de cartas, abrió la puerta del santuario sin prevenir á su ama.

—Es la señora Cibot. Entre usted—añadió,—no hay nadie.

—¿Qué le pasa á usted para venir tan temprano?—dijo la maga.

La señora Fontaine, que contaba á la sazón setenta y ocho años, merecía este calificativo por su exterior digno de una parca.

—Tengo toda la sangre en la cabeza, deme usted el gran juego—dijo la Cibot,—se trata de mi fortuna.

Y explicó la situación en que se encontraba, exigiendo una explicación para su sórdida esperanza.

—¿Ya sabe usted lo que es el gran juego?—dijo solemnemente la señora Fontaine.

—No, no soy bastante rica para haberlo empleado nunca, ¡cien francos! Perdóneme usted algo, ó espere á que los haya ganado. Porque hoy necesito consultar con el gran juego.

—Hijita mía, lo empleo muy pocas veces—respondió la señora Fontaine.—Sólo se lo hago á los ricos en las grandes ocasiones y me lo pagan á veinticinco luises, porque, mire usted, esto me aniquila, me gasta. El Espíritu me mortifica aquí, en el estómago. Es, como se decía antaño, verse entre las brujas.

—Mi buena señora Fontaine, ¡cuando yo le digo que se trata de mi porvenir!...

—En fin, para usted, á quien debo tantas consultas, voy á entregarme al Espíritu—respondió la señora Fontaine dejando ver en su decrepito rostro una expresión de terror que no era fingida.

Y acto seguido abandonó su vieja poltrona situada junto á la chimenea, se encaminó hacia una mesa cubierta con un paño verde, cuyos hilos todos podían contarse á causa del uso que de él había hecho, y allí, á la izquierda, dormía un sapo de un tamaño extraordinario, al lado de una jaula abierta habitada por una gallina negra de desgrefiadas plumas.

—¡Astarot! aquí, hijo mío—dijo dando un ligero golpe con una aguja de hacer calceta en el lomo del sapo, que le miró con aire de inteligencia.—Y usted, señorita Cleopatra, atención—repuso dando un golpecito en el pico de la vieja gallina.

La señora Fontaine se recogió, permaneció inmóvil durante algunos instantes, pareció muerta, sus ojos se pusieron en blanco, sus miembros se tornaron rígidos, y á poco dijo con voz cavernosa:

—Aquí me tienes.

Después de haber desparramado automáticamente un poco de mijo para Cleopatra, la señora Fontaine tomó el gran juego, lo barajó convulsivamente lanzando profundos suspiros y le mandó cortar á la señora Cibot. Cuando aquella imagen de la muerte con grasiendo turbante y siniestro casaquín miró los granos de mijo que la gallina negra picoteaba, y llamó á su sapo Astarot para que se pasease sobre las cartas, la señora Cibot sintió frío en la espalda y se estremeció. Las grandes creencias son las únicas que procuran grandes emociones. Tener ó no tener rentas, tal era la cuestión, como ha dicho Shakespeare.

## CAPÍTULO XIV

### Un personaje de los cuentos de Hoffman

Después de siete ú ocho minutos, durante los cuales la maga abrió y leyó con voz sepulcral un libro mágico, y examinó los granos que quedaban y el camino que hacía el sapo al retirarse, la señora Fontaine descifró el sentido de las cartas, fijando en ellas sus ojos vueltos en blanco.

—¡Logrará usted lo que desea! aunque no todo ocurrirá en este asunto como usted supone—dijo la maga.—Tendrá usted que dar muchos pasos; pero recogerá el fruto de sus penas. Se portará usted muy mal, pero le ocurrirá lo que les ocurre á todos los que rodean á los enfermos y codician una parte de su herencia. Será usted ayudada en esta obra de maldad por personajes considerables... Más tarde, se arrepentirá usted, cuando esté con las angustias de la muerte, pues morirá usted asesinada por dos forzados evadidos, uno pequeño y rubio y un viejo calvo, los cuales codiciarán la



fortuna que le supondrán á usted en la aldea adonde se retirará con su segundo marido... Ale, hija mía, ya queda usted en libertad de obrar ó de no hacer nada.

La exaltación interior que acababa de encender como dos antorchas los ojos hundidos de aquel esqueleto tan frío en apariencia, cesó. Cuando el horóscopo fué pronunciando, la señora Fontaine sintió una especie de desvanecimiento y era en un todo semejante á las sonámbulas, cuando despiertan; lo miró todo con aire asombrado, y después reconoció á la señora Cibot y pareció sorprendida de ver el horror pintado en su cara.

—Vaya, hija mía, ¿está usted contenta?—dijo con voz completamente diferente de la que había empleado profetizando.

La señora Cibot miró á la maga con aire asombrado, sin poder responderle.

—¡Ah! ¡ha querido usted el gran juego! y la he tratado como antigua conocida. No me de usted más que cien francos.

—¿Morir Cibot?—exclamó la portera.

—¿Le he dicho á usted cosas muy terribles?—preguntó ingenuamente la señora Fontaine.

—¡Ya lo creo!—dijo la Cibot sacándose cien francos del bolsillo y colocándolos sobre la mesa—¡morir asesinada!

—¡Ah! ¡ha querido usted el gran juego!... Pero consuélese, no todas las gentes asesinadas por las cartas mueren.

—¿De veras, señora Fontaine?

—¡Ay! hermosa mía, no sé nada. Usted ha querido llamar á la puerta del porvenir y yo no he hecho más que tirar del cordón y ha aparecido... ¡eso es todo!

—¿Quién? ¿él?—dijo la señora Cibot.

—Sí, el Espíritu—replicó la maga con impaciencia.

—Adiós, señora Fontaine—exclamó la portera.—No conocía el gran juego, pero bien me ha asustado usted, bien.

—La señora no se pone dos veces al mes en ese estado—dijo la criada acompañando á la portera hasta el descansillo—porque moriría de trabajo. Esto la cansa mucho. Va á comer unas costillas y á dormir unas tres horas.

Ya en la calle, la Cibot hizo lo que hacen los consultantes con las consultas de toda clase: creyó en lo que la pro-

fecia ofrecía de favorable á sus intereses y dudó de las desgracias anunciadas.

Al día siguiente, confirmada en sus resoluciones, pensaba en poner manos á la obra para llegar á ser rica, haciéndose legar una parte del museo Pons; así es que, durante algún tiempo, no tuvo más idea que la de combinar los medios de salir airosa. El fenómeno explicado antes, el de la concentración de las fuerzas morales en todas las gentes incultas, que no gastan sus facultades intelectuales con un ejercicio periódico, es natural hasta cierto punto, pues emplean todas sus fuerzas y potencias en el momento en que mueve á su espíritu esa arma temible llamada idea fija. Lo mismo que la idea fija produce los milagros de las evasiones y el milagro del sentimiento, aquella portera, movida por la avaricia, se volvió tan hábil como un Nucingen y tan ocurrente bajo la capa de su estupidez, como el seductor de Palferrina.

Algunos días después, á eso de las siete de la mañana, viendo á Remonencq ocupado en abrir su tienda, se encaminó hacia él y le preguntó:

—¿Cómo haríamos para saber el verdadero valor de las cosas amontonadas en casa de esos señores?

—¡Ah! es muy fácil—respondió el tratante en hierros y antigüedades.—Si quiere usted ser franca conmigo, yo le indicaré un perito, un hombre honrado que le dirá el valor de los cuadros sin equivocarse en cinco céntimos.

—¿Quién?

—El señor Magus, un judío que no hace ya negocios más que por gusto.

Elias Magus, cuyo nombre es demasiado conocido en la *Comedia Humana* para que sea necesario hablar aquí de él, se había retirado del comercio de antigüedades, imitando como comerciante la conducta que Pons había seguido como aficionado.

Los célebres apreciadores Henry, Pigeot y Moret, Ternet, Jorge y Rohen, en fin, los peritos del Museo, eran todos niños comparados con Elias Mogus, el cual adivinaba una obra maestra bajo una capa de grasa centenaria, y conocía todas las escuelas y las firmas de todos los pintores.

Este judío, trasladado de Burdeos á París, había dejado el comercio en 1835, sin abandonar su exterior miserable,



según costumbre de la mayor parte de los judíos; tan fiel es esta raza á sus tradiciones.

En la Edad media, la persecución obligaba á los judíos á llevar andrajos para evitar sospechas, á llorar siempre, á quejarse y á lamentar su miseria. Estas necesidades de antaño se habían convertido como siempre en un instinto del pueblo, en un vicio endémico. A fuerza de comprar diamantes y venderlos, y de tratar en cuadros, encajes, curiosidades, esmaltes, esculturas finas y grabados antiguos, Elías Magus gozaba de una inmensa fortuna desconocida, adquirida en este comercio, que se había hecho tan considerable.

En efecto, de veinte años acá, se ha duplicado el número de anticuarios en París, ciudad donde se encuentran todas las curiosidades del mundo. Respecto á los cuadros, no se venden más que en tres villas, en Roma, en Londres y en París.

Elías Magus vivía en la Calzada de los Mínimos, calle pequeña y ancha, que conduce á la Plaza Real, donde poseía un palacio antiguo, comprado, como suele decirse, por un pedazo de pan. Aquel magnífico edificio contenía una de las habitaciones más fastuosas decoradas en tiempo de Luis XV, pues era el antiguo palacio de Maulaincourt. Construido por aquel célebre presidente de la Audiencia de las Ayudas, aquel palacio, á causa de su situación, no había sido devastado durante la Revolución. Si el anciano judío se había decidido, contra las leyes israelitas, á hacerse propietario, creed que tuvo sus razones. El anciano acababa, como acabamos todos, con una manía llevada hasta la locura. Aunque era tan avaro como su difunto amigo Gobseck, se dejó llevar de su admiración por las obras de arte en que trataba; pero su gusto cada vez más refinado, se había convertido en una de esas pasiones que sólo se pueden permitir los reyes cuando son ricos y aman las bellas artes. Semejante al segundo rey de Prusia, que sólo se entusiasmaba ante un granadero cuando éste alcanzaba seis pies de estatura, y que gastaba enormes sumas para poder unirlo á su animado museo de granaderos, el anticuario retirado sólo se apasionaba por telas irreprochables que permaneciesen tal como el autor las había pintado; así es que Elías Magus no faltaba á ninguna gran venta, visitaba todos los mercados y viajaba por toda Europa. Aquella alma entregada al lucro

y fría como el hielo, se caldeaba ante una obra maestra, enteramente lo mismo que un libertino cansado de mujeres ante una joven perfecta. Aquel don Juan de las telas, aquel adorador del ideal, encontraba en aquella admiración goces superiores á los que procura la contemplación del oro al avaro. ¡Vivía en un serrallo de cuadros!

Aquellas obras maestras, cuidadas como hijos de príncipes, ocupaban todo el primer piso del palacio, que Elías Magus había hecho restaurar con gran esplendor. De las ventanas pendían cortinas de los brocados de oro más hermosos de Venecia. Cubrían el piso las alfombras más magníficas. Los cuadros, en número de unos cien, estaban provistos de los marcos más hermosos, dorados con gran maestría por el único dorador de París á quien Elías consideraba concienzudo, por Servais, á quien el anciano judío había enseñado á dorar con el oro inglés, oro infinitamente superior al de los fundidores de oro francés. En el arte de dorar, Servais es lo que era Thouvenin en la encuadernación, un artista enamorado de sus obras. Elías Magus habitaba dos cuartos del segundo piso pobremente amueblados, guarnecidos con sus andrajos y oliendo á judío, pues el viejo acababa viviendo como había vivido siempre.

El piso bajo, ocupado por entero por los cuadros que el judío seguía comprando y por las cajas llegadas del extranjero, contenía un inmenso taller donde trabajaba casi únicamente para él Moret, el más hábil de nuestros restauradores de cuadros, uno de los que habían de trabajar después para el Museo. Allí estaba también la habitación de su hija, fruto de su vejez, una judía hermosa como lo son todas las judías cuando el tipo asiático reaparece puro y noble en ellas. Noemia, guardada por dos criados fanáticos y judíos, tenía por vanguardia un judío polaco llamado Abranko, comprometido por casualidad en los acontecimientos de Polonia y á quien Elías Magus había salvado por especulación. Abranko, conserje de aquel palacio mudo, sombrío y desierto, ocupaba una habitación en compañía de tres perros dotados de notable ferocidad: el uno de Terranova, el otro de los Pirineos y el otro *bulldog* inglés.

He aquí en qué profundas observaciones estaba basada la seguridad del judío, que viajaba sin temor á ningún ataque á su hija, su primer tesoro, á sus cuadros y á su dinero. Abranko recibía todos los años doscientos francos más que



el año precedente y no debía recibir más nada á la muerte de Magus, que le iniciaba en los secretos de la usura en el barrio. Abranko no abría nunca á nadie sin haber mirado antes á través de una formidable rejilla de hierro. Aquel conserje, dotado de una fuerza hérculea, adoraba á Magus, como Sancho Panza adora á don Quijote. Los perros, encerrados durante el día, no tenían á mano alimento alguno; pero por la noche, Abranko los soltaba y estaban condenados, gracias á la astucia del viejo judío, á estacionarse el uno en el jardín, al pie de una estaca clavada en tierra en la punta de la cual había un pedazo de carne; el otro en el patio, al pie de una estaca semejante, y el tercero en la gran sala del piso bajo. Ya comprenderéis que aquellos perros, que guardaban ya la casa por instinto, lo hacían también movidos por el hambre, y ni por la perra más hermosa del mundo hubieran abandonado ni un instante la estaca de la que pendía la carne. Si algún desconocido se presentaba, los perros se imaginaban que el tal iba á robarles su alimento, el cual no les era entregado hasta que Abranko despertaba al amanecer. Aquella infernal sumisión tenía una inmensa ventaja. Los perros no ladraban nunca, el genio de Magus los había vuelto salvajes y socarrones como mohicanos. Cierta día unos malhechores, alentados por aquel silencio, creyeron que podrían robar con facilidad la caja del judío. Uno de ellos, el designado para ir de vanguardia, saltó las tapias del jardín y quiso internarse. El *bulldog*, que le había oído perfectamente, le dejó obrar, y cuando tuvo uno de sus pies á su alcance, se lo cortó de raíz y se lo comió. El ladrón tuvo valor para volver á saltar el muro, hasta que cayó desmayado en brazos de sus compañeros, que se lo llevaron. Este delicioso episodio de las noches parisienses, que no dejó de ser relatado por la *Gaceta de los Tribunales*, fué considerado como una invención.

Magus, que contaba á la sazón setenta y cinco años, podía muy bien llegar á los cien. Aunque era rico, vivía como vivían los Remanencq. Tres mil francos sufragaban, no sólo sus gastos, sino también las profusiones de su hija. Ninguna existencia era más regular que la de aquel anciano. Se levantaba al amanecer, comía un pedazo de pan frotado con ajo, y pasaba con él hasta la hora de la comida. La comida, de una frugalidad monacal, se hacía en familia. Desde que se levantaba hasta la hora de comer, el maniático empleaba

el tiempo en pasearse por la habitación donde brillaban las obras maestras, quitando el polvo á muebles y cuadros sin cansarse de admirarlos. Después bajaba á la habitación de su hija, gozaba allí de la dicha de padre y hablaba de sus correrías por París visitando salones de venta, exposiciones, etc., etc. Cuando encontraba alguna obra de arte en las condiciones en que deseaba, la vida de aquel hombre se animaba, porque ya veía un negocio en perspectiva, una batalla que ganar, y amontonaba astucia sobre astucia para obtener á buen precio su nueva sultana. Magus poseía su mapa de Europa, mapa donde estaban señaladas todas las obras maestras, y encargaba á sus correligionarios de cada punto para que hiciesen las adquisiciones por su cuenta, mediante una prima. Pero ¡cuántas recompensas también por tanto trabajo!

Los dos cuadros de Rafael perdidos y buscados con tanta persistencia por los rafaelistas los poseía Magus. El posee también el original de la querida de Giorgione, aquella mujer que le ocasionó la muerte, y los pretendidos originales que corren son copias de aquella hermosa tela que vale quinientos mil francos, según estimación de Magus. Este judío tiene también la obra maestra de Ticiano: el Cristo colocado en la tumba, cuadro pintado para Carlos V, que fué enviado por el gran hombre al gran emperador con una carta escrita de puño y letra de Ticiano, carta que está pegada en la parte baja del cuadro. Tiene también del mismo pintor el original del que se han sacado todos los retratos de Felipe II. Los noventa y seis retratos restantes son todos de la misma talla y de la misma distinción. Así es que Magus se ríe de nuestro Museo, estragado por el sol, que estropea las telas más hermosas. Las galerías de cuadros no son posibles más que iluminadas con luz cenital. Magus cerraba y abría él mismo las ventanas de su museo y desplegaba tantos cuidados y precauciones con sus cuadros como con su hija, su otro ídolo. ¡Ah! el anciano tablómáno conocía bien las leyes de la pintura. Según él, las obras de arte tienen una vida que les es propia y su belleza depende de la luz que las colorea. Magus hablaba de sus cuadros con gran entusiasmo, é iba á ver algunos á la hora en que la obra maestra resplandecía en toda su gloria cuando el tiempo era claro y puro.



Aquel ancianito cubierto con una mala levita, chaleco de seda, pantalón grasiento, calvo, de rostro enjuto, barba cerdosa, amenazadora y puntiaguda, boca desdentada, ojos brillantes como los de los perros, manos huesosas y descarnadas y piel rugosa y fría, era un cuadro animado en medio de aquellos cuadros inmóviles, cuando sonreía á aquellas hermosas creaciones del genio. Un judío en medio de tres millones será siempre uno de los espectáculos más hermosos que puede dar la humanidad. Roberto Medal, nuestro gran actor, por sublime que sea, no podría nunca alcanzar la poesía de este tipo. París es la villa del mundo que encierra los tipos más originales de este género. Los excéntricos de Londres acaban siempre por aburrirse de sus adoraciones, como se aburren de vivir; mientras que en París los monómanos viven en feliz concubinato de espíritu con su fantasía. Allí veis venir hacia vosotros frecuentemente muchos Pons y Elías Magus pobrementemente vestidos, con aires de no tener apego á nada, de no sentir nada y de no hacer caso de las mujeres, y al verlos en los almacenes yendo, por decirlo así, el azar, con el vacío en los bolsillos, os parecen desprovistos de cerebro y os preguntáis á qué tribu parisiense pueden pertenecer. Pues bien, esos hombres son millonarios, coleccionistas, las gentes más apasionadas de la tierra, capaces de exponerse á ir á la cárcel para apoderarse de una taza, de un cuadro, de una pieza rara, como hizo una vez Elías Magus en Alemania.

Tal era el perito á cuya casa condujo Remonencq á la Cibot. Remonencq consultaba á Elías Magus siempre que lo encontraba en los bulevares. El judío había aconsejado varias veces á Abranko que le prestase dinero al antiguo corredor, cuya probidad conocía. Como la Calzada de los Mínimos estaba á dos pasos de la calle de Normandía, el tratante y la portera estuvieron allí en dos minutos.

—Va usted á ver al anticuario más rico y al más inteligente que hay en París—le dijo Remonencq.

La señora Cibot quedó estupefacta al hallarse en presencia de un ancianito cubierto con una hopalanda indigna de pasar por manos de Cibot para ser remendada. Magus contemplaba en aquel momento á su restaurador, que trabajaba, como hemos dicho ya, en una fría pieza del piso bajo. Al recibir la mirada de aquellos ojos llenos, como los de los gatos, de glacial malicia, la Cibot tembló.

—¿Qué quiere usted, Remonencq?

—Se trata de estimar unos cuadros, y no hay nadie en París que pueda sustituir á un pobre trapero como yo, más que usted.

—¿Dónde es?—dijo Elías Mogus.

—Aquí está la portera de la casa, que cuida al señor. Con ella es con quien yo me he arreglado.

—¿Cómo se llama el propietario?

—Pons—dijo la señora Cibot.

—No le conozco—respondió Magus con aire ingenuo.

Moret conocía el valor del museo Pons y había levantado bruscamente la cabeza. El judío había valuado moralmente á aquella portera por medio de una mirada en la que los ojos hicieron el oficio de balanzas de un pesador de oro. Lo mismo la Cibot que Remonencq debían ignorar que Pons y Magus habían medido frecuentemente sus fuerzas. En efecto, estos dos aficionados feroces se envidiaban mutuamente; así es que el anciano judío acababa de tener una especie de desvanecimiento interior. Jamás esperaba poder entrar en un serrallo tan bien guardado. El museo Pons era el único en París que podía rivalizar con el museo Elías Magus. El judío había tenido veinte años más tarde que Pons la misma idea; pero en su calidad de anticuario aficionado, el museo Pons había permanecido cerrado para él lo mismo que el de Dusomerard. Pons y Magus estaban poseídos del mismo celo: ni uno ni otro gustaban de esa celebridad que buscan generalmente los que poseen museos. Poder examinar la magnífica colección del pobre músico, era para Elías Magus la misma dicha que la de un mujeriego que logra deslizarse en el gabinete de una hermosa querida que le oculta un amigo. El gran respeto que demostraba Remonencq por aquel extraño personaje, y el prestigio que ejerce todo poder real, aunque sea misterioso, volvieron á la portera obediente y sumisa. La Cibot perdió el tono autocrático que empleaba en la portería con sus inquilinos y sus dos señores, aceptó las condiciones de Magus y prometió introducirle en el museo Pons aquel mismo día. Aquello era meter al enemigo en casa y sepultar un puñal en el corazón de Pons, que hacía diez años que prohibía á la Cibot que dejase penetrar á nadie en su casa y que había sido obedecido mientras la portera compartió las opiniones de Smuke acerca de antigüedades. En efecto, el buen Smuke, hablan-



do de aquellas magnificencias y deplorando la manía de Pons, había inculcado á la portera su desprecio por aquellas anticuallas y había evitado durante mucho tiempo toda invasión en el museo Pons.

Desde que Pons estaba en la cama, Smuke le reemplazaba en el teatro y en los colegios. El pobre alemán, que no veía á su amigo más que por la mañana y á la hora de comer, procuraba atender á todo, conservando su común clientela. Pero todas sus fuerzas estaban absorbidas por el gran dolor que le anonadaba. Al ver á aquel pobre hombre tan triste, los alumnos y las gentes de teatro, sabedores por él de la enfermedad de Pons, le pedían noticias suyas, y la pena del pianista era tan grande, que obtenía de los indiferentes la misma mueca de sensibilidad que se concede en París á las mayores catástrofes. El principio mismo de la vida del buen alemán, estaba tan atacado como Pons. Smuke sufría á la vez su dolor y la enfermedad de su amigo. Hablaba de Pons durante la primera mitad de la lección que daba, é interrumpía tan sencillamente una demostración para preguntarse cómo estaría su amigo, que las jóvenes alumnas no le oían á veces hablar de otra cosa más que de la enfermedad de aquél. Entre lección y lección, corría á la calle de Normandía para ver á Pons durante un cuarto de hora. Asustado del vacío de la caja social y alarmado por la señora Cibot, que hacía quince días que aumentaba cuanto podía los gastos de la enfermedad, el profesor de piano sentía sus angustias dominadas por un valor de que nunca se hubiera creído capaz. Por la primera vez en su vida deseaba ganar dinero para que este elemento no faltase en la casa. Cuando alguna alumna, verdaderamente conmovida ante la situación de los dos amigos, le preguntaba á Smuke cómo podía dejar solo á Pons, aquél le respondía con la sublime sonrisa de los engañados:

—*Señoguita*, tenemos á la *señoga* Cibot, un *tesoglo*, una *pegla*. Pons está cuidado como un príncipe.

Desde que Smuke trotaba por las calles, la Cibot quedaba dueña de la casa y del enfermo. Ahora bien, ¿cómo Pons, que no había comido nada en quince días, y que estaba tan débil que tenía que ser ayudado por la Cibot para levantarse y sentarse en una poltrona mientras le hacían la cama, había de poder vigilar á aquel titulado ángel guardián?

Como es natural, la Cibot había ido á casa de Elías Magus durante el almuerzo de Smuke, y volvió en el momento en que el alemán se despedía del enfermo; pues desde la revelación de la fortuna posible de Pons, la portera no dejaba á su solterón, se hundía en una buena poltrona colocada á los pies de la cama y le daba la conversación que suelen dar esa clase de mujeres. Insinuante, cariñosa, atenta é inquieta, la Cibot iba conquistando el afecto del buen Pons con una astucia maquiavélica, como se va á ver.

## CAPÍTULO XV

### Charla y política de las porteras viejas

Asustada por la predicción del gran juego de la señora Fontaine, la Cibot se había prometido á sí misma lograr sus deseos por medios suaves, con maldad puramente moral, logrando que su señor la dejase heredera. Como había ignorado durante diez años el valor del museo Pons, la Cibot se consideraba merecedora de recompensa por aquellos diez años de apego, de probidad y de desinterés. Desde el día en que Remonencq había hecho brotar con sus palabras en el corazón de aquella mujer el deseo de ser rica, todos los malos deseos acudían á su mente.

—Bueno, ¿ha bebido bien nuestro querubín? ¿está mejor?

—No muy bien, mi *queguida señoga* Cibot—respondió el alemán enjugándose una lágrima.

—¡Bah! no se alarme usted tanto, mi querido señor, hay que tener paciencia... Aunque Cibot estuviese en la muerte, yo no estaría tan desolada como usted. Vaya, nuestro querubín tiene buena constitución. Además, parece que ha sido juicioso, y no sabe usted cuánto viven las gentes juiciosas. Es verdad que está muy enfermo; pero con los cuidados que yo tengo de él, lo sacaré adelante. Esté usted tranquilo, vaya á sus negocios, que yo le haré compañía y le obligaré á beber su agua de cebada.

—Sin usted me *moguigula* de inquietud—dijo Smuke estrechando entre sus manos, sin desconfianza, la mano de su buena portera.